

VAGABUNDO DEL TIEMPO.

María Sorén



Capítulo 1

YO

— Hoy desperté muy temprano, la luz del día entró por la ventana (de la que olvidé cerrar la cortina) y dio de pleno en mis ojos haciéndome despertar sin remedio. Me habría gustado dormir un poco más pues no lo he hecho en los últimos días, la búsqueda que he emprendido desde hace tiempo no ha terminado y no sé cuándo será. Tomaré un baño y un desayuno ligero, con algo dulce por supuesto. ¡Me encanta la comida dulce! Siempre ha sido así, desde niño. Recuerdo a mi nana cocinando todos los postres que sabía y que habían sido enseñados por su madre, abuela y bisabuela.

En la mesa siempre después de la comida "normal" aparecía frente a mí un platito con guayabas y camote en miel, jericalla, dulces con cajeta, tortillas de harina con crema de vaca y azúcar con frutas... ¡Cómo extraño esos platillos de mi nana Lita! Bueno, no eran solo para mí, también para mis seis hermanos, nos tenía tan consentidos. Pero no solo ella, también mi madre y mi abuela, señoras orgullosas de su hogar y de sus hijos, algo que no puedo decir de mi padre. El hombre de la casa, el proveedor, que era como todos los hombres del siglo XIX. Serio, inflexible, poco dado a las palabras cariñosas y mimos para con sus hijos y esposa. Cumplía con sus deberes morales, matrimoniales, cristianos y de la casa pero siempre como si no le importara en lo absoluto.

Yo lo admiraba, me fascinaba su figura alta, delgada y elegante. Su bigote largo que terminaba en puntas a los lados de su boca, su cabello bien peinado y brillante con aroma a lavanda. El señor Rodrigo de Baranda era un completo caballero, y yo deseaba ser como él al crecer... ¡qué equivocado estaba!

Aunque he de decir que como su hijo heredé su estatura, también lo delgado del cuerpo, pero no fue lo único que obtuve de él. Me transmitió una condición extraña y difícil de explicar. Por cierto no he comentado que mi nombre es Aníbal de Baranda, nací en 1860 y me he convertido en un vagabundo en el tiempo.

Capítulo 2

CAPITULO 2

LA FAMILIA.

Nací en un México convulso, en medio de una guerra contra los norteamericanos que terminó con la mitad del territorio perdido. Para 1860 los conflictos políticos internos de la guerra de Reforma entre liberales y conservadores hacían que el país no avanzara y que la población mermara merced a las muertes en batallas. También por las continuas enfermedades que impedían a los niños crecer y mataba a los jóvenes sin dejarlos florecer.

En casa era una bendición que los seis hijos del señor De Baranda estuvieran vivos. Cuatro hombres y dos mujeres, yo era el quinto hijo. Antes de mí estaban Rodrigo de catorce años, Miguel de doce, Antonio de once, María Luisa de nueve, yo de siete y Mariana de cuatro años. La relación con mis hermanos era perfecta, jugábamos, reíamos y estudiábamos juntos. Incluso los cuatro varones dormíamos en un solo cuarto, muy grande donde estaban las cuatro camas, dos roperos para la ropa, dos escritorios donde hacíamos los deberes. Estos siempre estaban llenos de libros, hojas, y tinteros, razón por la que mi madre y abuela peleaban con nosotros. Ambas eran damas que gustaban del orden y la limpieza como todas las damas de la época, y siempre discutían con sus cuatro hombrecitos que eran muy dados al desorden y a la mugre.

En cambio mis hermanas parecían unas princesas, siempre bien peinadas con sus cabellos recogidos con sendos moños de listón rosados, vestiditos tiesos por el almidón y botitas. Podían ser el orgullo de cualquier madre, yo las adoraba aunque me gustaba hacerlas llorar con mis bromas pesadas. En realidad todos nos amábamos, mi madre, la abuela, mis hermanos. Y yo pensaba que mi padre nos amaba pero no era la realidad.

El gran señor de Baranda trabajaba en una importante firma de abogados, donde solo acudían personajes importantes de la alta sociedad mexicana a resolver disputas, hacer testamentos o legalizar negocios. Y mi padre se comportaba como el hombre importante que era, siempre bien vestido, cabello engominado y peinado el largo bigote. Trabajaba desde la mañana hasta la tarde, después acudía a merendar con nosotros y por la noche al club de caballeros o a alguna reunión con sus amigos. Los sábados eran dedicados a mi madre, salían a pasear en carretela, acudían a algún merendero a conversar con amigos y por la noche al teatro. A ver alguna comedia ligera o alguna ópera. A nosotros la abuela nos acostaba temprano pero era difícil que durmiéramos porque al día

siguiente papá nos dedicaría el día.

El domingo era el día de los niños Baranda, primero que nada era despertar temprano, lavarnos y acicalarnos. Bajar al comedor y esperar de pie junto a nuestro lugar asignado en la mesa a que nuestros padres y abuela entraran. Una vez que papá tomaba asiento en la cabecera de la enorme mesa y mamá en el otro extremo junto a la abuela nosotros lo hacíamos también. Entraba mi nana Lita con Chole la otra sirvienta y nos servían el desayuno. Los domingos eran buenos porque no había la antipática y "babosa" avena con miel y pasas de toda la semana. Sino un delicioso chocolate caliente, tamales y una rebanada de panqué con nuez.

Todos comíamos deprisa tratando de no ensuciarnos la ropa, aunque la nana, previsora nos colocaba sendas servilletas en el cuello y en las piernas por si se chorreaba algo del chocolate. Papá desayunaba despacio, mientras leía su periódico, mamá y la abuela hacían lo propio en completo silencio. Cuando él terminaba, todos nos levantábamos de la mesa e íbamos a limpiarnos los dientes y las manchas del chocolate de la boca, la nana nos ponía las gorritas a los niños y sombreritos de paja con grandes listones a mis hermanas. Ya listos, todos en procesión salíamos a la calle para acudir a la misa de doce que no me gustaba nada. No es que empezara a ser ateo, simplemente que era aburridísimo escuchar al sacerdote hablar y hablar en latín sin que yo entendiera algo. Por fin después de tres horas salíamos y era el momento feliz porque nos llevaban al parque en donde podíamos correr, gritar y jugar a nuestras anchas sin que nadie nos llamara la atención. Mis padres y la abuela se sentaban en las bancas a hablar de sus cosas mientras esperaban a que nosotros desfogáramos toda la energía acumulada en la semana.

Tras algunas horas era tiempo de regresar a casa. Al llegar había que lavarse las manos y sentarnos a la mesa para comer, lo hacíamos igual: en silencio. Después podíamos hacer lo que quisiéramos, leer, jugar, o ver por las ventanas para contemplar a la gente que caminaba por las calles. O quizá dormir una siesta, aunque el domingo no era obligatorio hacerlo como en la semana. Mamá y la abuela cocinaban o hacían alguna labor propia de las mujeres, papá se encerraba en la biblioteca a leer o a conversar consigo mismo, últimamente le había dado por hacer eso. Pero a veces no estaba solo alguien más lo acompañaba, una persona que murmuraba en tono tan bajo que era imposible comprender palabra alguna.

Eso me inquietaba, pero no solo era ésa cuestión, también la nueva manía de mi padre de observarse en el espejo por mucho tiempo. Solía examinarse el rostro en busca de no sé qué. La abuela decía por lo bajo que se estaba convirtiendo en alguien vanidoso y que eso no era bueno. La nana era más precisa, comentaba que seguramente había "un segundo frente" o pronto lo habría. Yo no entendí a qué se refería pero el comentario disgustó muchísimo a mi madre y le prohibió lo volviera a

mencionar.

La desahogada situación financiera de mi padre nos permitía vivir bien a pesar de la estrechez que se vivía por la guerra interna entre liberales y conservadores que peleaban por establecerse en el gobierno. A veces los alimentos no llegaban por estar sitiados los estados próximos a la capital, pero mi padre se las ingeniaba para tener siempre comida en abundancia y en perfecto estado. Además continuaba trabajando y viviendo como si nada sucediera o más bien nada le importara.

En la parte trasera de la enorme casona había un patio grande de tierra donde estaban los cuartos de los sirvientes. También los tendedores donde se tendía al sol la ropa blanca, los vestidos de mi madre y abuela. La mantelería, ropa de cama como sábanas, colchas. Pero además, el patio era un lugar muy colorido, lleno de ruido. Uno de mis lugares favoritos, porque podía tocar a los pollitos que siempre andaban sueltos cerca del gallinero, a los conejos en sus conejeras, unas cinco cabras en un pequeño establo. Ya no teníamos vacas mi padre las mandó sacrificar cuando escaseó el alimento unos años antes, pero ahora estábamos bien. La leche la traían de un rancho cercano. ¿Cómo le hacían para romper el cerco? Nadie lo sabía, pero en la mesa siempre estaba un vaso de leche frente a nosotros.

Las caballerizas estaban también atrás pero hacia la izquierda de la casa, cerca del enorme zaguán en donde permanecían dos carros. La carretela descubierta donde viajábamos los domingos y el carruaje más pequeño, cuadrado, negro y adusto en el que mi padre hacía sus diligencias por la ciudad. Ése no era el único patio, estaba el interior, un lugar cuadrado rodeado de pasillos y columnas que sostenían el piso superior. Alrededor de los pasillos había infinidad de macetas sobre pedestales o solas pero grandes y llenas de flores que eran propiedad de mi madre y abuela. Sus múltiples colores que le daba un aspecto hermoso a la casa. Ése era nuestro lugar preferido para jugar, ahí corríamos, saltábamos jugábamos a la pelota, era el "lugar feliz".

Por desgracia la felicidad en la casa no iba a durar para siempre, no solo por la guerra sino por mi padre, al que todos respetábamos pero al que poco a poco comenzamos a temer.

